



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

¡Cuán bella es la caridad! — Todo y nada; soneto. — Los bienaventurados. — La fiesta de Santiago. — Explicación del figurín.

¡CUÁN BELLA ES LA CARIDAD!

Carmelina era una hermosísima joven de nacarada tez y ojos de cielo, huérfana y única heredera de un opulento marqués. Hallábase rodeada de todos los goces que proporciona una inmensa fortuna. Multitud de criados con lujosas libreas atravesaban los vastos salones de su palacio, decorado con una magnificencia régia. Los placeres de la sociedad brindábanla con sus cantos, y los jóvenes más gallardos de la corte se disputaban sus favores.

El incienso de la lisonjera adulación quemábase en torno suyo continuamente por toda clase de personas, anhelando como una gracia especial, una sonrisa de la aristócrata Carmelina, una leve mirada de la encantadora marquesa, considerándose en el colmo de la dicha si lo-

graban ser recibidos una sola vez en su gabinete de confianza, mirando en ello una muestra benévola, que rara vez concedía.

Penetremos en esta pieza.

Figuraos, lectores míos, todos los primores del arte, todas las maravillas del lujo y la riqueza hermanados con el buen gusto. Figuraos, allá en vuestra imaginación, una cosa muy sublime, muy superior á cuanto hayais visto, y tendreis una idea de aquel aposento, donde el objeto más insignificante había costado enormes sumas, y todos sorprendían, ya por su riqueza artística, ó ya por su valor.

Pues bien; ninguno de aquellos primores, ninguno de los goces con que la brindaba su posición, no era bastante á distraer el eterno hastío que enervaba el alma de la joven marquesita, haciendo languidecer sus mejillas y dando á sus miradas un fulgor melancólico y apagado.

Vedla con la mano en la frente, los ojos fijos en un pedazo de cielo que descubre á través de las colgaduras del balcón, y llamando al sueño en su auxilio como un bien precioso, como un beneficio inestimable.

Abrióse la puerta, y una joven entró en la estancia:

—No te he llamado, Leontina; ¿á qué vie-

nes?—dijo la marquesa de mal humor al advertir la presencia de su doncella favorita.

—Es que acaban de traer esta carta para V. E.

—Déjala en ese velador, y será la centésima que hoy recibo.

—Esperan contestacion.

—Que vengan otro día. No tengo ganas de leer; y si no quiere, que se la lleve y me deje en paz. Será de algun importuno de los muchos que me asedian, contribuyendo á fastidiarme más con sus necios galanteos.

Leontina salió, volviendo á poco con semblante entristecido.

—¿Otra vez por aquí?—gritó la elegante dama;—¿qué traes?

—Señora, el que ha traído la carta, me ha dicho con acento suplicante, y que me ha hecho estremecer de pena, que de la contestacion de V. E. pende la muerte ó la vida de una familia desgraciada.

—Léemela tú;—repuso Carmelina incorporándose y abriendo con interés sus hermosos ojos.

La doncella leyó:

«En la calle del Sacramento, núm. 8, boharedilla, vive un digno empleado cesante, á quien la desgracia ha perseguido hasta el extremo de no tener un pedazo de pan para dar á sus hijos. Hace tres días que esta familia no ha probado alimento alguno, y perecerán todos si V. E. no se digna acudir en su auxilio.»

—¡Dios mío! ¿Y se ha marchado?—dijo la marquesa, levantándose vivamente de su asiento.

—Sí, señora.

—Pues vamos; ven conmigo: quiero verlos.

—¿Mando poner el coche?

—No hay momento que perder; iremos á pié.

—¡Pero si está lloviendo!

—¿Y qué importa?

Rápida, como el pensamiento, entró en su tocador, cubrió sus hombros con una manteleta de terciopelo, su cabeza con un sombrero, y salió, seguida de la doncella.

El carmín que coloró sus mejillas, hacía mucho tiempo que no brotaba de aquel modo, y el brillo de sus antes lánguidos ojos, era tan intenso como la emocion que sentía su pecho.

Por fortuna su casa no estaba lejos de la calle del Sacramento. Llegaron al número 8.

La lluvia había empapado el abrigo de la marquesa; pero no lo advirtió. Sube ciento y tantos escalones y llama por sí misma en una puertecilla baja y estrecha que se ofreció á su vista en un largo corredor.

Un profundo gemido respondió á su llamamiento; empujó la puerta, se abrió y penetró en una pieza pequetísima.

¡Qué espectáculo tan doloroso se presentó á sus ojos! ¡Quedóse absorta!

¡Jamás hubo imaginado su mente un cuadro tan sombrío!

Se admiraba al ver cómo una familia de ocho personas vivían en aquel chirivital, sin aire, sin luz, sin sol y sin ninguno de los efectos necesarios para la comodidad de la vida.

En un extremo de la pieza, hallábase sentado en el suelo un pobre enfermo, apoyando las manos en la cara y los codos en las rodillas, teniendo á su lado tres niños, pálidos y demacrados, que le pedían pan con lastimero tono. En otro lado yacía acostada sobre una estera y cubierta con un pedazo de paño hecho girones, una mujer que debió ser hermosa en otro tiempo; pero que el hambre y el dolor habían ajado sus facciones, é impreso en su rostro el sello de la miseria.

Tres niñas la rodeaban, moribundas y con tan pocas esperanzas de vida como el resto de la familia.

La marquesa cayó medio desvanecida en brazos de su doncella, no pudiendo sufrir la atmósfera fétida é insalubre que se advertía en aquella pieza. Dominóse, por fin, y aplicando á su nariz un pomito de esencia, llegó cerca de la enferma, que la contemplaba con los ojos brillantes por el ardor de la fiebre.

—¿Venís, señora, á presenciar nuestra agonía?—le preguntó con voz débil la pobre mujer.

—¡Vengo á salvarlos!

—¡Dios os bendiga!

—Decidme, ¿qué debo hacer?

—Dad pan á mis hijos y á mi marido que se mueren de hambre.

—¿Y vos?

—¡Yo solo quiero morir!

Con la rapidez con que había subido la escalera Carmelina, la volvió á bajar.

Cuando estaba en la calle, dijo á su doncella:

—¡Inmediatamente vás á la primera fonda que encuentres, tomas un coche para que llegues antes, y trae los manjares más esquisitos que tengan preparados, para que sácie su hambre esta infeliz familia.

Leontina obedeció.

Preparábase la marquesa para volver otra vez á la boharedilla, cuando vió en la misma casa un cuarto segundo desahogado. Llama en el principal y pregunta por el casero.

Un caballero anciano se presenta, y en breves momentos queda el contrato arreglado. Toma Carmelina las llaves y se dirige á la boharedilla. Su doncella la alcanzó en la escalera que llegaba seguida por dos camareros con infinitas viandas que despedían un olor agradable.

—Vas al momento,—dijo á Leontina entregándole las llaves,—á decir á mi mayordomo que en el término de dos horas me ha de dar

amueblado y listo para habitarse el cuarto segundo de esta casa, cuyas llaves te doy.

—Serán cumplidas las órdenes de V. E.,—dijo Leontina alejándose con rapidez.

La marquesa mandó á los criados de la fonda dejar las viandas en el suelo, pues no habia ni una mesa, y retribuyéndolos generosamente los despidió, quedándose sola con aquella familia cuyos pálidos y enflaquecidos rostros reanimáronse al sentir el olor que despedían los manjares.

Jamás Carmelina habia presenciado una escena semejante, sintiendo su corazón un placer desconocido, y una inmensa satisfacción que llenaba su alma y le hacía mirar la vida bajo otro punto de vista más dulce que hasta entonces.

Al contemplar aquellos niños hambrientos que devoraban con ansia cuanto les presentó, brotaron las lágrimas á sus ojos y un rayo de alegría iluminó su angelical semblante.

—¡Qué hermoso es hacer bien!—murmuraba. —¡Oh, bendigo las riquezas que me proporcionan este momento de placer! Ya desde hoy no volveré á fastidiarme, porque hallaré distracción buscando infelices á quien socorrer, y seré muy dichosa si cada día de mi vida consigo, cual hoy, enjugar las lágrimas del infortunio y salvar una familia de la muerte.

Hizo que la enferma tomara algún alimento, sirviéndosele con la más dulce ternura. Igualmente animó á su marido, que solo pensaba en morir, obligándole á tomar un poco de sopa y un buen trozo de gallina.

Agradablemente entretenida en su piadosa ocupación no advirtió la llegada de su doncella, que volvía dejando ya cumplidas las órdenes de su señora.

Poco después la infeliz familia se instalaba en la nueva habitación, arreglada como por encanto con todo lo necesario para vivir con entera comodidad.

Las bendiciones llovían sobre la generosa dama, que conmovida en alto grado no sabia cómo despedirse de aquellas pobres gentes, que lloraban de gratitud al verse libres de la miseria y fuera de la infecta bohardilla donde hubieran perecido todos indudablemente.

Ella los escuchaba con lágrimas en los ojos, y agitado su pecho por la emoción más pura, salió por fin de aquella casa, donde dejaba la dicha y el bienestar, prometiendo colocar al pobre cesante en un buen destino que le proporcionase un sueldo decente, asegurando su subsistencia y la educación de sus hijos.

Era cerca de anochecer cuando Carmelina entró en su lujoso gabinete; al quitarse el abrigo vió que estaba empapado en agua, y exclamó sonriendo:

—¡Ni he sentido la lluvia ni el hambre,

aunque me marché sin almorzar!... ¡Ni tampoco el eterno hastío que me martirizaba!... ¡Qué tarde tan hermosa hemos pasado! ¡Gracias, Dios mío! ¡Ya de hoy en adelante no me dejaré abrumar por ese insoportable tedio: seré feliz haciendo bien!... ¡Ah, cuán hermosa es la caridad!...

Poco después de la interesante escena que acabamos de referir, se fundó la Real asociación de Beneficencia, tomando sobre sí las señoras más ilustres de la grandeza española la piadosa tarea de enjugar las lágrimas del que sufre, proporcionando pan al pobre!... ¡apoyo al desvalido!... ¡amparo al infeliz espósito!... ¡consuelo para todos los dolores, y alivio para las infinitas desgracias de la triste humanidad!...

¡Loor eterno á esos ángeles de caridad, que bajo su manto de amor acogen al infortunio!... ¡Gloria á su nombre!...

¡Benditas sean las piadosas manos que donde hallan dolores, lágrimas, miseria, desesperación, siembran alegría, consuelo, abundancia y felicidad!...

¡Benditos los corazones que con el aroma de sus virtudes evangélicas esparcen do quiera la dicha y la paz!...

Carmelina fué mucho tiempo una de las que se hallaron al frente de esa magnánima institución, distinguiéndose siempre por su abnegación, por su celo y por su amor á los pobres, en lo que siempre han procurado imitarla todas las señoras asociadas.

Reciban las que hoy de un modo tan noble practican el bien, la ardiente gratitud de millares de almas, que esclaman cual Carmelina, henchido el pecho de la emoción más pura:

«¡Cuán bella es la caridad!»

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

TODO Y NADA.

SONETO.

Miopes, que del sol de la justicia
La luz encantadora os anonada,
Y amais al interés que vil degrada
Nutriendo el egoísmo y la avaricia,

Mártires sois de la falaz codicia,
Sin presumir jamás que á otra jornada
Convertireis el *Todo* en simple *Nada*
Y en *Nada* el *Todo* de la vil malicia.

En vosotros no hay fé, no hay esperanza:
El oro brillador os alborozó,
Y á la fiel caridad no dais privanza:

Ni consolais al triste que solloza;
Dios enjuga su llanto y *Nada* alcanza
Quien en la vil materia el *Todo* goza.

MARÍA JOSEFA ZAPATA.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

Los pobres de espíritu.

CUADRO I.

(Continuación.)

Aparte de esta virtud, que servía de base á la caridad de Juan Tenaza, tenía el pobrecillo otras no menos dignas de llamar la atención, entre las que figuraban la virtud de saber dar un petardo al mismo lucero del alba, y la de jugar á la timba todo cuanto hallaba á las manos, desde la camisa hasta los libros de texto.

Su traje era tan pintoresco como el de Alejo, aunque se advertía á la legua que sabía llevarle con más desembarazo, ó mejor dicho, con más truhanería y con más elegante intrepidez. El frac (porque gastaba frac en todo tiempo) era azul, con botones que debieron ser dorados y ya eran blancos á fuerza de fricciones: tenía un bonito corte y un gran número de alifafes que se escondían de las miradas de los profanos, merced á mil invenciones diabólicas. Las demás prendas corrían parejas, y el cuello de la camisa era tan completamente idéntico al de Alejo, que parecían hermanos ó cortados por una misma tijera, lo cual era verdad, como veremos después.

Justo es decir aquí que los dos caminaban por la calle asidos del brazo como dos flamantes pisaverdes, y la única diferencia que había entre ambos, era que Juan Tenaza tenía todo el aire de un verdadero canalla, es decir, canalla de buen género, calavera, seductor y hombre de chispa; mientras Alejo era tan modesto, tan candoroso, tan humilde como una doncella en vísperas de casarse, bien que esto no pasaba de ser más que un efecto de las apariencias, porque en el fondo era el mismo diablo en persona, y había dado cuchillada más de una vez á su amigo Juan Tenaza, con bastante asombro de éste, que desde que vió las orejas al lobo, no pudo menos de exclamar:

—¡Bien dicen, que el león suele vestir la piel del cordero!

Y para que los dos no se cansen demasiado, corriendo asidos del brazo por las calles de la

coronada villa, vamos á darles un poco de descanso llevándolos á su casa, calle del Tribulete, número 3, cuarto principal bajando del cielo, donde los dejaremos por ahora, á fin de dar algunos pormenores ó antecedentes de su vida y milagros, cosa indispensable para que este cuadro tenga legítimo colorido.

IV.

Juan Tenaza cursaba medicina y se hallaba en el último año, como su cofrade Alejo en la facultad de jurisprudencia. Solían ellos decir que se hallaban poco menos que en las Termópilas de la carrera, montaña escarpada, cuya ascension no había de costarles menos de seis mil y pico de reales por derechos de título, cosa que desesperaba á Alejo, porque sabía que no tenían sobre qué caerse muertos.

Y á decir verdad era para desesperar, no á un hombre de carne y hueso, sino á un elefante de granito; haber terminado una carrera á costa de grandes privaciones y no poder alcanzar aquel maldito diploma, nada más que porque al Consejo de Instrucción pública le daba la gana de exigir miles de reales por aquel papelote de algodón, que en último término no acreditaba un comino de ciencia.

Los dos acólitos de los templos de Temis y de Esculapio, corrían el riesgo de quedarse á *media miel*, como solía decir Alejo cuando estaba de mal humor; pero ni por esas se aturdió Juan Tenaza, que más animoso que un Cid, consolaba á su amigo, diciéndole:

—Sosiégate, hombre, que ya nos componemos de modo que *alguno* pague el *pato*.

Como se vé, el muchacho no perdía nunca las esperanzas, y esto era un bien, porque la esperanza debe ser siempre lo último que pierda el hombre.

Juan Tenaza había sido criado en casa de un tío carnal suyo, cura párroco de un lugar cuyo nombre no hace falta saber, y desde niño fué ya tan travieso, que su tío el cura solía decir con mucha prosopopeya:

—No parece sino que este chico tiene algo de parentesco con el demonio.

A lo que el pequeño Juan contestaba riendo como un loco:

—Si yo tengo parentesco con ese señor, su

mercé no debe andarle muy lejos, porque somos, según creo, de la misma madera.

Pasmado se quedaba el bueno del sacerdote con estas y otras oportunas salidas del niño Juan, y no se pasaba un día sin que le regalara alguna decente travesura, por lo que se aferraba en su anterior opinion, acordándose de aquel antiguo refran que dice: *A quien Dios no le dá hijos, el diablo le dá sobrinos.*

Y lo que es aquel le habia venido por arte del diablo sin duda, efecto de que se habia quedado huérfano de padres en la temprana edad; de modo que no tuvo más remedio que llevársele á su casa, puesto que era el único pariente que le quedaba en el mundo.

Tenia, pues, que hacer la vista gorda y pasar por alto las travesuras del muchacho; y cuando no se reia con ellas, lo más que hacia era sacudirle algunos capirotazos con el puño de plata de una caña de Indias que le servia de baston, puño que pesaba media libra, y que si se le hubiera aplicado á la cabeza con algo de brío, de seguro le salta los sesos; pero el tio era un buen tio, y sobre todo hombre de conciencia, por lo que Juan sacó la cabeza sana con gran contento suyo, y nuestro á la vez, que si se la hubieran roto, no saldria perfecto este cuadro.

Y entre las travesuras de aquel *diablillo*, no se ha de pasar en silencio una que desesperó de tal manera al bueno de su tio, que á consecuencia de ella se resolvió á pagarle los estudios y á mandarle á la universidad á fin de librarse de aquella constante pesadilla.

Guardaba el señor cura como oro en paño tres botellas de un esquisito vino que le habian llevado de aguinaldo por pascua de Navidad; y no creais que el pobre las guardaba para Celebrar, ni para obsequiar á su estómago, sino porque estaba esperando al señor obispo de la diócesis, que hacia á la sazón la visita pastoral; y como tuviera noticias de que el ilustrísimo gustaba de refocilarse á una buena mesa, reservó su vino para tratarle á lo príncipe.

Pero la maldita casualidad hizo que su sobrino Juan Tenaza atisbára el escondrijo donde se guarecian las botellas, y destapando una bonitamente, la cató, le gustó el contenido, se permitió un trago y luego otro, tanto, que cuando miró al trasluz la botella, vió con espanto

que se habia sorbido la mitad del líquido, cosa que se resolvió á subsanar echando otra tanta cantidad de agua. Aquel día se fué al campo á dormir la mona, y por espacio de otros ocho ó diez le sucedió lo mismo, en términos, que el vino de las tres botellas perdió completamente sus accidentes, y de tinto que era se volvió blanco, teniendo olor de agua y sabor de idem.

Llegó al lugar el ilustrísimo, se sentó á la mesa de blancos manteles que le ofreció el anfitrión, y cuando paladeaba el cuarto alon de la segunda perdiz, desapareció de repente el señor cura, y no tardó en volver, empuñando en cada mano una de sus botellas reservadas, diciendo con aire triunfante:

(Se continuará.)

LA FIESTA DE SANTIAGO.

I.

Era un día de julio.

La Coruña, ciudad bellísima, sonreía dulcemente, acariciada por el mar, que jugueteaba con su manto de oro, y se complacia en besar humildemente sus plantas.

Las flores se escondian entre su verde follaje, privadas de los encantos del aura, por no sentir la poderosa influencia de una terrible temperatura.

El cielo, bordado de ligeros festones de nácar, parecia un dosel suspendido sobre la reina de Galicia, cuya cabeza ostenta una corona de esmeralda.

En una de sus anchas calles, la más principal, se descubria un interesante grupo. Componíase de un hombre, que tendria cincuenta años, de una mujer de igual edad, y de dos lindos niños.

Los cabellos del primero, salpicados de hilos de plata, daban gran espresion á su severa fisonomía, y su frente, algo oculta por un sombrero, de copa alta, que hacia juego con su noble traje, indicaba pertenecer á la clase media.

—¡Jesus, qué calor tengo! Son las dos de la tarde, y aún no se percibe el grato murmullo de las brisas del puerto.

—Y es extraño, Francisco, porque á estas horas suele respirarse su hermoso ambiente.

—¿Ves ese bergantin?

—Sí.

—Pues repara sus velas... ¡Qué quietas están!... No se nota en ellas el menor movimiento, ni sus airosos palos se agitan como otras veces.

—¡Oh! ¡Bien se conoce que estamos en pleno verano, en uno de los meses más sofocantes de la estación!

—¿No sabes, Eulalia, de lo que aquí se habla estos días?

—No.

—Pero ¿será posible que lo ignores?... Recuerda cuando pasamos por una provincia importante, donde había muchísima gente, y caballos, y peregrinos, y...

—¡Ah! ya caigo. Te refieres á la fiesta del Patron de España, cuyo santuario tenía tantos deseos de visitar, y que por cierto nos impidió hacerlo tu delicada salud.

—Es verdad, Eulalia. Bueno sería que venerásemos un lugar de grandes recuerdos, y que Julio y Enrique, educados con arreglo á las leyes eternas, se inclináran ante el altar de un ilustre Apóstol.

II.

Santiago ofrecía un espectáculo consolador. Al acercarse á sus muros, sorprendía la vista del viajero pintorescos campos, en los que se alzaban gallardos árboles, cuyas ramas se entretejían con bonitas adelfas. El aroma de los jazmines se confundía con el de otras bellas flores, y su esquisito perfume penetraba en aquel pueblo poético, llevado en alas del benigno céfiro. Pájaros de lindo plumaje entonaban melodiosos himnos columpiándose en los arbustos, y lozanas plantas, mecidas al blando soplo de una fresca brisa, unían sus suspiros á las voces de las aves, al susurro de las fuentes y al alegre canto de los grillos.

Los caminos que conducían á la ciudad se veían obstruidos por un inmenso concurso. En todos los semblantes, cubiertos de polvo y de sudor, se notaba el sello de la fe, joya preciosa que es el embeleso del alma.

Infinitos lábios murmuraban un augusto nombre, y las explosiones del regocijo producían agradable ruido. Entablábanse animadas conversaciones; vertíanse hermosas palabras; sosteníanse curiosos diálogos. El anciano contaba los hechos de un varón insigne, el joven decía

lo que había leído, y la mujer piadosa, seguida de risueños ángeles, refería á tiernos niños escenas conmovedoras.

—¡Gracias á Dios que hemos llegado!

—Ahora, Eulalia, antes de nada, debemos ir á visitar la iglesia.

—Y ¿podremos verla? Precisamente hoy son las vísperas del Santo, y costará gran trabajo entrar en ese soberbio monumento.

—No importa. Nosotros haremos lo posible, y confío en el Señor que permitirá se cumplan nuestras nobles aspiraciones.

Y diciendo y haciendo se dirigieron al pórtico, todo cuajado de almas que en vano trataban de introducirse en la morada de Dios.

Por fin, y despues de algunos esfuerzos, logró pisar aquella reunión de creyentes el pavimento del sagrado alcázar.

III.

Serían las diez de la mañana, y los acentos de las campanas, cuyos sonoros ecos inflamaban de júbilo los corazones de los santiagueses, advertían al más distraído la solemne función que iba á celebrarse en su gran basilica.

Numerosos puestos se extendían en varias hileras por los parajes de más concurrencia, y las imágenes del Apóstol, arrebatadas con afán de las mesas guarnecidas de objetos venerandos, las contemplaban devotas gentes con el mayor entusiasmo. Nadie se creía dichoso si no llevaba á su casa una estampita de Santiago.

Los broncecillos tocaban por última vez, y el augusto recinto, henchido de almas católicas, presentaba un aspecto deslumbrador. En preferente lugar, y rodeado de bellezas artísticas, destacábase la hermosa y arrogante figura del Patron de España. Todo enajenaba, todo producía emociones gratas.

En efecto: sus columnas, elevadas y majestuosas, hacían remontar el espíritu á las serenas regiones del infinito; sus capillas, ocupadas con las efigies de los justos, sugerían altos pensamientos; el suelo, honrado con las huellas de la virtud; infundía profundo respeto; la música, derramando suaves armonías, convidaba á la meditación y recojimiento; las luces, extendidas por todo el ámbito, recordaban los esplendores celestes; y los sacerdotes, agrupados

junto al altar y revestidos de suntuosos ornamentos, despertaban en el ánimo del auditorio el noble sentimiento de la gratitud.

Concluida la funcion, D. Francisco y doña Eulalia, escoltados de sus dos infantes, abandonaban la iglesia en medio de la muchedumbre, que cual impetuoso torrente se esparcía por sus contornos.

—¡Qué grande, qué magnífica es nuestra religion, Eulalia! Embelesado quedé al presenciar un cuadro tan maravilloso. La funcion ha sido espléndida, digna del Dios á quien se consagraba.

—Yo no sé, Francisco, lo que sentia en mi interior. Te aseguro que pasé deliciosos momentos.

—¡Y luego el predicador! ¡Qué elocuente, qué inspirado estuvo! ¡Con qué claridad nos refirió los hechos gloriosos del grande Apóstol! ¡Lo has oído? Él fué el que evangelizó á España, adicta en sus primitivos tiempos al paganismo. Nuestro país se lo debe todo al ilustre Santiago. La jornada de Covadonga, en que el inmortal Pelayo supo vencer con un puñado de héroes á las huestes moriscas; la lucha de siete siglos, en que derrotamos completamente á los hijos de Mahoma, triunfos son alcanzados por su poderoso valimiento. Así lo ha dicho el ministro del Altísimo, y así está consignado en las páginas sublimes de nuestra historia.

—¿Y de Isabel I? ¿Te acuerdas de lo que dijo de esta gran reina?

—¡Oh, sí! Que fué muy entusiasta del pescador de Galilea. Obedeciendo las inspiraciones divinas, animó á Colon, que soñaba en un nuevo mundo, perla preciosa que vino á engarzarse con las que lucía su fulgente diadema.

—¿Y de historiadores qué...

—¡Ah! Tengo presentes sus palabras, que por cierto me consolaron mucho. Tantas cosas habia oído acerca de nuestros planes en las Américas, que casi lo llegué á creer. Nuestros padres no fueron allí,—dijo el orador,—como conquistadores que buscan, llevados de un espíritu egoísta, extensos territorios para satisfacer su ambición. Partieron á aquellas regiones con la antorcha esplendorosa del Evangelio, en calidad de misioneros que iban á romper á desgraciados seres las ligaduras de la ignorancia.

El amor pátrio, lo confieso, me hizo estremecer de júbilo al escuchar sus bellísimas frases. Con razon calificó á esos escritores de mezquinos y poco españoles.

—También dijo, Francisco, que la historia de Santiago es la historia de nuestra nacion.

—Cierto. Y añadió que el Apóstol y María, la princesa del cielo, que se le apareció en Zaragoza, es un precioso lema con que siempre pelearon los bravos iberos.

—¿Y qué más? Veo que tienes una memoria feliz, y me complazco en oírte.

—No sé, Eulalia, cuándo acabaría, si fuera á hacer comentarios sobre su largo sermón, que tanto encantó al pueblo. Dejaré, pues, para otra ocasion las reflexiones que me sugiere el panegirico de Santiago. Solo te diré ahora que nos encareció mucho la piedad de nuestros abuelos, la fé con que acudían á él nuestros ilustres monarcas, y el valor que infundía á los Cides, á los Guzmanes, á los Cisneros, á todos los campeones egregios que enriquecieron con sus proezas los blasones de España.

—Y tú, Julio, ¿has comprendido algo?

—Sí, mamá. ¡Cómo me gustaba cuando nos habló de las fatigas que pasara el Santo, de sus apariciones, de la visita que le hizo la Virgen, de la capilla, de su cuerpo oculto entre unos espinos!

—Y tú, Enrique, ¿no me dices nada? Sin duda te dormiste durante el sermón, porque estás muy callado, y á mí no me agrada eso.

—No, mamá. Presté suma atencion á las palabras del predicador. Nos contó su venida á España, sus penosas tareas, y el martirio que padeció en Jerusalem.

—Me alegro, hijos míos, que no os separeis de mis sanos consejos. Sed devotos de nuestro patron, y vuestros padres y el Señor os bendecirán.

IV.

Solo los grandes hombres conmueven apaciblemente el corazón del bueno.

La fiesta del insigne Apóstol, del discípulo del Divino Maestro, ha dado á conocer los generosos impulsos de una familia católica.

¿Quién no goza al ser testigo de hechos sublimes? ¿Quién no se entusiasma al oír el relato de las hazañas de un varón ilustre?

¡Santiago!... Este nombre es nuestra gran historia... ¿Qué español se atreve á escarnecerlo?... ¡Ah! El que tal hiciese, renegaría de su elevado origen, y atraería sobre sí los anatemas de diez y nueve siglos.

Borrad de nuestros fastos la gigantesca figura de Santiago, y habreis rasgado nuestros timbres, y caerán hechos pedazos nuestros escudos, y manchará el suelo nuestros laureles. El edificio de nuestra nacionalidad, sólido, robusto, magnífico, se derrumbaría bien pronto.

Y esto es evidente. Los elementos sobre que se fundan los pueblos, los ha traído á nuestra Península el discípulo de Jesus. En esta tierra, idólatra en otros tiempos, fué donde plantó Santiago una preciosa semilla, los gérmenes de la verdadera civilización.

La doctrina cristiana es la que ha reportado á España su poderío, sus triunfos. Santiago sostenía el brazo de los guerreros, y todos le invocaban en los combates. La Cruz, lábaro augusto con que recorrió el pueblo ibero, abatía á los adversarios del catolicismo. Ante el signo de la redención la morisma se humillaba, y sus baluartes desaparecían, y los ejércitos enemigos temblaban. El pueblo y el rey, el trono y la patria, adquirían famosas victorias tremolando con brío la gloriosa bandera de nuestras creencias.

¿Qué nación osaba insultarnos?... ¿Qué monarca extranjero pretendía rebajar nuestra dignidad?... ¡Ah! ¡Desgraciado del que abrigase infernales miras!

Nuestro pabellon se paseaba por do quiera, y todas las potencias nos temían, y el nombre español rayaba á una inmensa altura, y era pronunciado con respeto en los consejos de Europa.

¿Habrà todavía quien intente ofendernos? La última campaña de Africa, cuando nó el recuerdo de la lid sostenida con el ilustre prisionero de Santa Elena, haría quizá retroceder al que proyectara contra nosotros infueros planes.

El espíritu de Santiago vive aún en los corazones de los iberos, y la patria de los Alfonsos, altiva siempre, sería un muro de bronce ante el cual se estrellarían impías acometidas.

España seguirá siendo un pueblo digno. Las glorias, las conquistas, la fama que tan grande

la ha hecho, han sido alcanzadas por la religion divina.

La Iberia no puede olvidar que el Apóstol fué quien echó los cimientos de su poderío, y el que peleó á su lado para sacar ileso, del furor de sus contrarios, el precioso tesoro de la unidad católica.

Por eso, agradecida á los inmensos favores de su protector, le rinde todos los años fervientes homenajes, justo tributo con que pagan los pueblos, iluminados con los resplandores de la Cruz escelsa, los beneficios que reciben de los inmortales paladines del Cristianismo.

RAMON DOLDAN Y FERNANDEZ.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura. Vestido de tejido de estío (mejicano) maiz. Falda guarnecida con un pequeño encañonado de tafetan negro. Cuerpo alto con puntitas delante y tres aldetas redondas por detrás. Los contornos adornados de un cordoncillo de tafetan negro y un encaje negro estrechito. Las aldetas unidas una con otra por medio de un cordón-trencilla, con cabos descendentes y borlas lisas á cada extremo. Las mangas casi ajustadas, abiertas hácia el codo, algo redondeadas y abrochadas como las aldetas. Cuello y mangas de batista bordadas. Sombrero malva recubierto de tul perlado de azabaches; gran nudo liso por encima del ala; este nudo está franjeado, así como el adorno del bavolet. El interior guarnecido de flores.

2.^a figura. Vestido de tafetan de estío gris ruso; cuerpo alto, cubierto con un echarpe igual, adornado de ruches de tafetan negro y de encaje de guipur. El echarpe forma pliegues detrás, reanudados con un nudo liso compuesto de tafetan negro picado y guipur. Sobre cada pliegue un guipur liso; el de en medio está guarnecido con dos encajes iguales colocados pié contra pié, de modo que el adorno forme abanico. Los bordes están trazados en ondas. Cuello y mangas bordadas. Sombrero de paja con borde abierto sobre los lados, formando dos cañones bordeados de terciopelo punzó. Bidas de tafetan negro, reuniéndose en nudo descendente. Velo de tul moteado, y puff de encaje negro retenido con cadenas punzó.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.